
Imposible Sinaí:
*un manifiesto poético contra las guerras
a propósito del conflicto árabe-israelí**

Rosa Belda

En 1982, diez años después de la muerte de Max Aub, se publicaba en Seix-Barral *Imposible Sinaí*, su último libro de poesía. Las noticias que tenemos sobre su publicación, extraídas de la correspondencia con Carmen Balcells¹ que se conserva en el Archivo de la Fundación Max Aub, nos informan de unos poemas ya listos para su publicación once años antes, en 1971, y que quedaron reducidos al final a una selección de los preparados inicialmente por Max Aub². El libro consiste, al igual que *Antología traducida* (1965), en una recopilación de poemas creados por falsos autores, es decir, heterónimos que selecciona y traduce el autor y que tienen en común, en este caso, su participación como soldados en la llamada Guerra de los seis días, que sucedió en Oriente medio entre el 5 y el 10 de junio de 1967. Evidentemente, la estancia de Max Aub en Israel, invitado por la UNESCO para dar un curso sobre literatura española e iberoamericana en la Universidad Hebrea de

* El artículo aquí publicado procede de una comunicación leída en el Congreso Internacional *Max Aub. Testigo del siglo XX*, organizado por la Biblioteca Valenciana y celebrado en Valencia entre el 7 y el 12 de abril de 2002.

¹ Vid. Correspondencia con Carmen Balcells (19-III-1971. FMA: Leg. 2-3). Cito por M. Aub (2001: 576).

² La selección fue «realizada, con el consentimiento del propio Aub, por sus amigos Joaquín Díez-Canedo y Alastair Reid» (E. Londero, 2002: 15).

Jerusalén, en el período comprendido entre noviembre de 1966 y febrero de 1967, apenas unos meses antes de que estallara la Guerra de los seis días, fue el desencadenante de la escritura de estos versos.

Nuevamente sus circunstancias personales le habían abocado a la escritura, es decir, a la necesidad de verbalizar una experiencia, de dar testimonio de unos hechos vividos, como sucedió con otro de sus libros poéticos, *Diario de Djelfa*, que era el resultado de su estancia, principalmente, en el campo de concentración francés de Argelia que da título al libro. En este caso él no vivió la guerra, ni sufrió sus consecuencias directas, pero, sin duda, el ambiente prebélico del Israel que conoció le recordaría los prolegómenos de una guerra vivida, la llamada Guerra Civil española. También en esta ocasión Max Aub eligió el verso —«en verso el hombre se traiciona menos», leemos en sus memorias³. En este sentido, el de poesía testimonial, con la publicación de *Imposible Sinaí* desaparecía el carácter excepcional de *Diario de Djelfa* en lo que se refiere a su composición o temática, más cercana a sus obras en prosa, como afirma Xelo Candel a propósito de este último libro, y que es aplicable al que nos ocupa: «(encarna) en él la voz de ese escritor histórico y plenamente comprometido que tan evidente nos resulta en otros géneros»⁴.

Imposible Sinaí representa, a modo de testamento poético, y en tanto que último libro de poesía que escribió Aub, una síntesis de lo que fue su manera de entender la poesía o, si se prefiere, del valor que a ésta le otorgó dentro del conjunto de lo que fue su aportación creativa, su obra total. Tal como apunta Arcadio López Casanova, *Imposible Sinaí* presenta «una síntesis dramática de claves que dieron sentido a sus dos principales obras anteriores»⁵. Por este motivo, esta obra comparte rasgos o características con sus dos libros fundamentales de poesía, los ya citados *Diario de Djelfa* y *Antología traducida*, que representan dos propuestas poéticas bien distintas.

Con el primero, *Diario de Djelfa*, comparte el valor testimonial y de denuncia —en la línea de la poesía de la posguerra—, pero también el deseo de mantener la memoria de una parte de nuestra historia; en este caso, se trata del legado judeo-español que es importante para Max Aub, a pesar de la ignorancia general sobre éste, incluso entre los judíos establecidos en Israel. De hecho, de entre las impresiones de su viaje a Israel, uno de los aspectos que recoge en sus *Diarios* es la ignorancia que también allí se tiene de las grandes figuras de origen judío de la literatura española, así como de los estudios al respecto, como el monumental *Los*

³ M. Aub (1995: 554).

⁴ X. Candel (1998:18).

⁵ A. López-Casanova (2001: 40).

judíos españoles en la Edad Moderna, de Caro Baroja⁶. Aun así, no se puede explicar la escritura de *Imposible Sinaí* por la desazón que le produjo que los judíos que conoció en Israel hubieran olvidado la lengua española e ignoraran el legado cultural judeo-español tan rico y mestizo, «mezclado con lo árabe» *precisamente*, encerrados como estaban «exclusivamente en lo religioso», así lo afirma en sus *Diarios*⁷. Pero tampoco se explica desde la condición de judío de Max Aub que, según se desprende de sus escritos, no conoció sino tardíamente. Dada la actitud vital y el compromiso de Max Aub, lo que le resultó más preocupante y vergonzoso fue que «(al país) sólo le importa(ra) lo judío en tanto que judío y no como universal» pues únicamente tras esta afirmación podemos entender la decepción que sufrió Max Aub durante su estancia en el país de sus antepasados:

Creí que tenía algo de judío no por la sangre (que, pobrecita, ¿qué sabe de eso?) sino por la religión de mis antepasados —y vine aquí con la idea de que iba a resentir algo, no sé qué, que me iba a enfrentar conmigo mismo. Y no hubo nada. Nada tengo que ver con estas gentes que no sea lo mismo que con los demás, como nada tengo que ver con los alemanes y con los polacos, ni con los japoneses o con los argentinos. Mis ligazones son con los mexicanos, los españoles, los franceses y algo, tal vez, con los ingleses. Tal vez más con los españoles, pero sólo, quizás, con los de mi tiempo. No, no tengo nada de judío. Lo siento, pero no puedo llorar, me son extraños, tanto o más que los noruegos y los turcos⁸.

No podía identificarse con ellos de ninguna manera, pero sí podía reconocerse en una guerra que se gestaba en el momento en que él estuvo allí y que le recordaba demasiado a la que él vivió. Fue así como la experiencia le marcó hasta el punto de escribir un libro testimonial sobre los hechos. En *Imposible Sinaí*, como en *Diario de Djelfa*, también se persigue reflejar fielmente la verdad de unos acontecimientos cuyo valor reside en la impresión, en la huella íntima que trazan sobre el poeta y esos otros hombres, sus camaradas, que sufren junto a él, sobre todo en el caso de *Diario de Djelfa*, una situación muy penosa, confinamiento o guerra, que no han buscado. Se trata de conjurar la muerte o el olvido, que es lo mismo, con la palabra. En definitiva, estos dos libros son la respuesta a un determinado momento histórico que afecta a un colectivo de personas, pero que genera también importantes consecuencias individuales: la más drástica entre las experiencias personales, la

⁶ «No sólo son desconocidos Américo Castro y García Gómez, que trajeron a la historia, que le dieron tanta importancia a lo israelita, eso sí, mezclado a lo árabe. ¡Claro está! Lo mismo pasa con Caro Baroja, cuyos tres tomos acerca de *Los judíos españoles en la Edad Moderna*, repletos de datos [...] deberían hasta ser populares». Y más adelante: «Me molesta *físicamente* que ignoren a los españoles de ascendencia hebrea: santa Teresa, etcétera» (M. Aub, 1998: 380 y 389).

⁷ M. Aub (1998: 380).

⁸ M. Aub (1998: 387).

muerte. Otro rasgo común es el hecho de que ambos libros sean una especie de lamentación, una elegía —recordemos que el título pensado en primer término para el libro fue «Encontrados poemas o lamentos del Sinaí»⁹— y que, en el caso de *Imposible Sinaí*, España como geografía lírica, dolor de ausencia y recuerdo se sustituye por otra patria, la judía.

Aún más, respecto de *Diario de Djelfa*, si analizamos los aspectos que destaca como característicos Arcadio López-Casanova¹⁰, podremos observar otros rasgos compartidos con el libro que analizamos, como son el predominio de una actitud social, un lenguaje de ilusión prosaica, un yo desdivinizado que «a menudo se manifiesta en la persona amplificada («nosotros») o por un el/ellos de la vida común», y algunas tonalidades en el decir como la lamentación o el desgarró.

En este sentido, cita López-Casanova un texto de Celaya para señalar las relaciones de *Diario de Djelfa* con la poética social:

Pensadlo: ser poeta no es decirse a sí mismo.
Es asumir la pena de todo lo existente,
es hablar por los otros, es cargar con el peso
mortal de lo no dicho, contar años por siglos,
ser cualquiera o ser nadie, ser la voz ambulante
que recorre los limbos procurando probarlos [...]¹¹

Y, de hecho, encontramos mayor correspondencia entre el texto de Celaya e *Imposible Sinaí*, sobre todo porque el poeta se sirve de heterónimos y habla por boca de ellos, es «la voz ambulante» de unos seres anónimos, «cualquiera o nadie», asume la pena de éstos, como la de cualquier marginado o «sin voz» del mundo, da voz a los muertos, en cierta manera, por medio de la memoria les redime. Se trata, como apunta Antonio Carreño, al respecto de *Antología traducida*, de «Dar rostro [...] a los que ya no están»¹².

El lamento, el testimonio social y la voluntad de superación de una experiencia dolorosa y capital de nuestra historia, la de la humanidad, son rasgos que acercan *Imposible Sinaí* a este libro tan significativo que fue *Diario de Djelfa*, y ambos textos a gran parte de su obra en prosa¹³, en lo que se refiere al impulso creador. Por supuesto, estas coincidencias no invalidan —ni lo pretenden— otros tantos y muy marcados rasgos que diferencian e incluso alejan a ambos libros,

⁹ M. Aub (2001: 345).

¹⁰ A. López-Casanova (2001: 21-31).

¹¹ Pertenece este fragmento a *Paz y concierto* (1953) de G. Celaya. Cito por A. López-Casanova (2001: 24).

¹² A. Carreño (1994: 9).

¹³ Especialmente, en el caso de *Imposible Sinaí*, con la obra teatral *San Juan* (México, Tezontle, 1943) en la que ofrece idéntica visión del problema judío.

fundamentalmente aquellos rasgos que, por otra parte, comparte con *Antología traducida*, sobre todo los que se refieren a la forma y al artificio ficticio sobre el que se crea. *Antología traducida* e *Imposible Sinaí* son dos recopilaciones de textos traducidos de otros autores y reunidos por el poeta, que se acompañan de una breve descripción biográfica del autor del poema o poemas antologados.

Imposible Sinaí se compone de una recopilación de textos de soldados, fragmentos o escritos similares a los de un diario personal, no son poetas como en el caso de *Antología traducida*, y, por tanto, no es necesario el cuidado o esmero compositivo que se observa en *Antología traducida* en tanto que no se reconocen como textos poéticos, sino como textos íntimos, personales, que han sido extraídos de los bolsillos y las mochilas de los combatientes muertos y traducidos por el poeta, tal como se expresa en una nota introductoria del autor. Así comprobamos cómo, en estos poemas, las rimas son más simples, no hay tanta variedad en las formas, ni un léxico rebuscado, no existe en estas voces la preocupación estética; no eran poetas y, por tanto, sus textos no pueden juzgarse estilísticamente igual que los poemas de *Antología traducida*. Así nos lo recuerda Max Aub en el «Prólogo» que preparó para la primera propuesta de publicación del libro: «lo que sigue no es literatura o historia hasta donde puede(n) serlo los testimonios personales» y más adelante añade «lo que no cabe duda es que no había entre tantos muertos un Garcilaso»¹⁴. Esto no significa que no se les presuponga cierta voluntad de estilo, pues en el mismo prólogo nos señala que «estos combatientes (del ejército israelí) fueron reclutados en las escuelas superiores».

En ambos libros encontramos, respecto del hecho de la traducción, la mención de citas eruditas —referidas a tipos de estrofas o referencias bibliográficas— y el agradecimiento a ayudas a la traducción o a la selección —es común a ambos la alusión a Alastair Reid¹⁵, poeta y amigo de Max Aub. La utilización de máscaras cobra mayor sentido en *Imposible Sinaí* si, como afirma Antonio Carreño, «sobre una realidad se imponen múltiples máscaras (modalidades existenciales) que, si bien imaginarias, tienen sentido»¹⁶, añadiríamos que, en esta ocasión, porque le permiten ofrecer diversos puntos de vista —desde ambos frentes— de una misma guerra. Afirma igualmente Antonio Carreño que la máscara «anula la individualidad» y «objetiviza el deseo de evadir la propia personalidad»¹⁷. En este caso, diríamos que porque necesita crear una distancia no sólo psíquica, sino

¹⁴ M. Aub (2001: 414 y 416).

¹⁵ En el caso de *Antología traducida* afirma: «no oculto que me apoyé en la versión inglesa de mi amigo Alastair Reid» (poema de Fu-Po) y en *Imposible Sinaí*, en la «Nota» introductoria, escribe: «las traducciones deben mucho a mis alumnos [...]. No tomo parte. Sólo escojo para su publicación —con ayuda de Alastair Reid— los que me parecieron característicos».

¹⁶ A. Carreño (1980: 10).

¹⁷ A. Carreño (1982: 14).

real, porque no puede ofrecer un testimonio en primera persona, no daría el resultado pretendido, el efecto de verdad, la credibilidad del que escribe lo que ha experimentado, como sí sucedió, desgraciadamente, en el caso de *Diario de Djelfa*. ¿Cómo hablar de la muerte individual, de su inmediatez, de su presencia amenazante, de los miedos y sentimientos que provoca, sino es la propia¹⁸? Esta vez no se trata de una «mascarada literaria»¹⁹, en el sentido lúdico con que lo aplica Antonio Carreño a *Antología traducida*. En el caso de *Imposible Sinaí* —con lo cual se separan notablemente ambos libros²⁰—, es la técnica más adecuada para sintetizar el aspecto testimonial con la implicación personal en el relato de unos hechos muy concretos: el sinsentido de una guerra.

Pese a no concebir esta mascarada de *Imposible Sinaí* como una parodia, un juego, sino como un testimonio íntimo, Max Aub no abandona la ironía y la sátira presentes en *Antología traducida*, pero, en esta ocasión, casi exclusivamente en los textos de presentación de cada una de las figuras antologadas. Estas ironías le sirven, por una parte, para descargar de patetismo lo descrito y, por otra, más importante, para constatar el absurdo de la guerra, el sinsentido de la muerte.

También es común a ambos libros uno de los temas que trata: la añoranza de una patria perdida y, como consecuencia, entre las figuras destaca la del hombre errante, sin lugar en el mundo. De hecho, en *Antología traducida* abundan los judíos como expresión más característica de esta condición y, en *Imposible Sinaí*, es significativo el número de askenazis entre los reclutados por el ejército israelí.

Imposible Sinaí es un libro escrito con ecuanimidad, pues todos los antologados, árabes e israelíes, coinciden en la expresión de un único mensaje: el sinsentido de esa guerra, una vez en el frente, abocados a una muerte injusta que ninguna patria ni idea justifica. Pero eso no significa que Max Aub no tomara partido, siempre lo hizo, aunque en la nota introductoria lo niegue, pues la ironía de la expresión no deja lugar a dudas: «No tomo parte. Sólo escojo». Evidentemente, una selección es una elección. Asimismo, en el prólogo a la primera versión no publicada escribe: «ahora bien, no me lavo las manos, a pesar de la proximidad del lugar donde tanto se habló de este hecho famoso»²¹. También Max Aub deja buena muestra de su postura en la crítica que hace al gobierno israelí en su *Diarios*. Toma partido por el débil, por el que parte con desventaja en la contienda, por el perdedor, al que, por otra parte, no se abstiene de criticar. Como apuntábamos antes, Max Aub no puede evitar la comparación con la Guerra Civil española, con la guerra que él vivió:

¹⁸ De hecho afirma P. Moraleda: «La muerte se erige en el principal tema recurrente de *Imposible Sinaí*; lo que resulta del todo verosímil, dadas las circunstancias» (1995: 168).

¹⁹ A. Carreño (1982: 201).

²⁰ También P. Moraleda señala las «diferencias fundamentales entre ambas obras» (1995: 160).

²¹ M. Aub (2001: 414).

Si tuviera que escoger entre unos y otros —para luchar—, al decidirme por los judíos me daría la impresión de estar en nuestra guerra peleando en favor de Franco, guardadas todas las proporciones²².

En algunos pasajes de su *Diarios* es muy crítico con los judíos, especialmente con los askenazis, sobre todo con el hecho de que hayan convertido la religión en la única seña de identidad que da sentido a su cultura y pervivencia, que se crean una raza elegida —«el racismo, el racismo religioso, es lo suyo»²³— y que sólo consideren patrimonio judío o judíos a aquellos que previamente se hayan declarado sionistas. En esta misma línea se reafirma en sus *Diarios*, cuando hace la relectura de *San Juan* para la edición de Aguilar (1968)²⁴.

En *Imposible Sinaí*, la idea que se repite, la del sinsentido de la guerra, es unánime y el predominio de textos de combatientes del ejército israelí frente al de árabes le confiere mayor valor, más credibilidad —aunque justifique Max Aub el predominio de éstos por la evidencia de que «la cantidad de intelectuales era menor en las filas musulmanas»²⁵. De hecho, que los propios israelíes manifiesten su equivocación sirve para reforzar la tesis maxaubiana, y aún más que confiesen que fueron reclutados forzosamente, que no encuentran sentido a esta guerra: «¿Quién es el responsable de este desastre?» —se pregunta Salomon Chavsky; «[...] pero morir porque sí es más absurdo que haber nacido judío» —afirma Manoce Mohrenwitz; «no sé qué vine a hacer aquí» —se lamenta Sigmund Baginsky, etc. Quizás el más paradigmático sea el texto de Francis H. Melziner, «Las 39 prohibiciones del sábado», en el que hace una enumeración de los cuarenta menos uno trabajos básicos que se prohíbe a los judíos el sábado para a continuación enumerar, también con infinitivos, otros tantos treinta y nueve actos violentos que sí que realizaron un sábado, el último día de la guerra: «fusilar, lapidar, herir, cercenar [...]», etc.

En torno a la tríada patria-guerra-muerte giran los textos antologados. En este sentido, nos parecen importantes, por su situación, los dos primeros autores, que inauguran el libro y dan voz a un árabe y a un israelí respectivamente y son, en cierta manera, las voces representantes de los dos bandos de la contienda. También los dos autores que lo cierran, judío y árabe. Max Aub, tal como señala Arcadio López-Casanova en la ya citada introducción a la *Obra poética completa*, siempre cuidó el diseño compositivo de sus libros poéticos que, como podemos observar, forman siempre un texto unitario. De hecho, consideramos estos textos con sus respectivas biografías como una introducción y síntesis en torno a las claves sobre las que va a girar el libro.

²² M. Aub (1998: 374-75).

²³ M. Aub (1998: 381).

²⁴ M. Aub (1998: 402-403)

²⁵ M. Aub (2001: 414)

En el primer caso, se trata de un egipcio, un árabe, y el poeta nos comunica la falta de datos sobre su existencia:

[...] No pude saber nada de él. Nadie se acordaba o se alzaban de hombros. Hay personas que pasan así por el mundo; injustamente, como es de razón. Murió el último día.

Ya hemos señalado la voluntad del poeta de ser la voz de los «sin voz», de los «nadie», de los «cualquiera» y, además, expresa su sentir, que es injusto que sea así. Nadie se acuerda de estos soldados, pero el poeta va a redimirlos con la palabra, no va a permitir que mueran en el olvido, que mueran del todo, de una segunda muerte más aniquiladora, si cabe.

El poema que sigue a la biografía, aunque breve, es muy elocuente:

Dice el hombre: *dulce*
y sabe lo que es.
Dice el hombre: *sal*
y sabe lo que es.
Dice el hombre: *verga*
y sabe lo que es.
Dice el hombre: *Dios*
y sabe lo que es.
Pero dice *muerte*
y nadie lo sabe.

Y está detrás y delante.

La muerte es el verdadero misterio de la existencia, es la única incógnita en la vida del hombre, que puede explicarse los acontecimientos positivos y negativos de la vida, el *dulce* y la *sal*, que sabe qué significan las relaciones humanas y las relaciones divinas en su vida —*verga* y *Dios*—, pero es incapaz de encontrarle una explicación, un sentido a la muerte, es un interrogante sin resolución. Pero, aunque la muerte esté omnipresente, *está detrás y delante*, estos textos tampoco van a resolver el misterio, al contrario, van a ahondar más en el sinsentido de la muerte.

El texto siguiente es el de Saul Avigdor, un judío que reúne todos los tópicos del judío: habla ladino, «hombre curioso, más que estudioso de la historia», es «sastre, hijo de sastre [...] un tanto jorobado», como afirma Pasqual Mas i Usó²⁶, en el Siglo de Oro sastres y judíos eran considerados ladrones y holgazanes y dice el refrán: «sastre jorobado viste a los que andan derechos». Este tal Saul Avigdor —

²⁶ Vid. nota al pie en M. Aub (2001: 293)



máximo exponente de la idea general o tópico del judío: habla como ellos, era estudioso, precisamente de la historia, de lo antiguo— es autor de un texto de título muy esclarecedor, «La razón de la sinrazón», que, plagado de tópicos, como el mismo Max Aub comenta irónicamente²⁷ en un paréntesis —«¡Más lugares comunes, más!»—, da exacta definición de lo que representa Israel para él como patria judía²⁸, así como de lo que representa para él la vuelta de los judíos a este país, que no se explica²⁹. Esta vuelta es también, en cierto sentido, parte de la sinrazón:

[...] Soledumbre. Sí, está bien la palabra: vieja, oscura, inhabitual, olvidada como este desierto que me carcome, letra a letra: I, de isla; S, de soledad; R, de razón; A, de abandono; E, de esclavo; L, de León, de amarillo, de sucio, de hedor, de nacer, de soledad, de rey.

Desierto, desertor. No te abandonó la vida, la abandonaste tú.
Mas volví, Israel.

Pero, sobre todo, la sinrazón alude a la dificultad de Max Aub para explicar, como señala en el prólogo citado, «el porqué del enfrentamiento árabe-israelí»: «lo que me interesa y supongo que a mis lectores, si los tengo, es hallar un poco de luz en ese enrevesadísimo problema de una de las encrucijadas del pensamiento y de los intereses humanos (y divinos, claro está)»³⁰.

Hay un dato que se repite en la biografía de todos los autores antologados, el único dato exacto que nos da el antólogo, frente al resto de datos biográficos que casi siempre se cuestionan o se pone en duda su verdad. Se trata del día la muerte. En el caso del primero de los antologados, murió el primer día; el segundo, el último. No es extraño, pues la supremacía del ejército israelí provocó más bajas entre los árabes. En cierta manera estos dos primeros heterónimos ponen los límites de la muerte, siempre presente, *delante y detrás*, desde el primer día hasta el último. Pero hay un aspecto respecto a este dato —significativo por el hecho de aparecer en todas las biografías sin dar lugar a ninguna duda sobre su veracidad— que llama nuestra atención: es que la mitad de los antologados mueren el primero o el último día, en

²⁷ También es una ironía por parte de Max Aub el hecho de que lo considere «periodista en varias revistas publicadas en español en Jerusalén y Tel-Aviv» mientras en sus *Diarios* afirma lo contrario, la inexistencia del español y del interés por el español en Jerusalén, como ya hemos señalado antes.

²⁸ En sus *Diarios*, M. Aub afirma que «los judíos no son lo que piensan ellos sino lo que los demás piensan que son» (1998: 402).

²⁹ En la explicación introductoria de *Imposible Sinaí* sobre el curso de la Guerra de los seis días, «Los hechos», aparece perfectamente explicado el porqué último de la creación de Israel, los intereses económicos de las potencias occidentales, sobre todo por ejercer el control sobre una zona estratégica y de riqueza petrolífera de claro predominio árabe.

³⁰ M. Aub (2001: 415).

numerosas ocasiones por una bala perdida o un azar desgraciado, e incluso meses después a consecuencia de las heridas de la guerra. Este hecho incide sobre la idea de lo absurdo de estas muertes. Es absurdo morir el primer día si existe un afán de lucha, pues la muerte trunca este deseo; es absurdo morir el último día, cuando no se deseaba participar en una guerra y se ha logrado salvar la vida hasta el último momento. Más absurdo todavía es salvar la vida y morir por las secuelas un tiempo después: «amputado de la pierna izquierda un año más tarde del alto al fuego» o «herido al quinto día, murió dos semanas después». Más absurdo, si cabe, es morir a consecuencia de una bala perdida el último día, como Jubraim Hadad; por un ataque al corazón en el primer bombardeo, como Francis H. Melziner, o por no abrirse el paracaídas, como Isaac Kaplan. El Max Aub antólogo nos ofrece un dato difícilmente comprobable como cierto, el día exacto de la muerte, y sin ningún asomo de duda. En cambio, otros datos biográficos fácilmente comprobables — familia, procedencia, trabajo, etc.— nos los facilita, en ocasiones, como datos poco fiables. Sólo encontramos una excepción, en el último de los antologados justamente, del que afirma: «Ignoro, naturalmente, el día de su muerte», como, por otra parte, sería lo lógico. Se trata de un árabe, Ibn Musa Amir, el único que en su texto da una razón, quizás la única, que justifica por qué se defienden los árabes del ataque israelí: por mantener el pedazo de tierra propio. Además está dispuesto a morir por ello, aunque no sea un ideal político ni religioso:

Sí, seguramente la tierra que me ofreces es mejor, más rica que la mía.

Pero no es la misma.

[...]

Las tierras sólo se dividen en dos: la mía y las demás.

Puedes ofrecerme el paraíso: lo que quiero es el desierto en que nací y que tú me robaste.

[...]

No te canses: mátame y deja que mi polvo vuelva con el viento a mezclarse con la arena del desierto.

El abandono de la tierra propia es uno de los temas más recurrentes en la obra de Max Aub, en la obra de los exiliados, y, en este caso, este hombre contempla la muerte, de la que sabe que no va a escapar, como la única victoria posible, en tanto que le va a permitir permanecer por siempre en su tierra.

El penúltimo autor, Max Nordstrahl, es el contrapunto al árabe, un egipcio que nos da una lección: «Lección 14» es el título de su texto. El nombre recuerda al del escritor Max Nordau, que aparece citado en el texto anterior, con lo



cual es más fácil establecer la correspondencia entre ambos³¹. Max Nordau fue escritor, médico especializado en psiquiatría y dirigente sionista. El texto comienza así: «¿Tú crees que luchas contra los árabes? No seas necio. Piensa sólo en los poetas que tenemos aquí o que murieron antes de llegar a Palestina».

A continuación se enumeran los nombres de dieciséis poetas judíos rusos, su lugar de nacimiento o de muerte y aparecen entrecomilladas algunas de las declaraciones del autor antologado que bien podrían atribuírsele a Nordau, como «Levántate y ve hacia la ciudad del exterminio [...]», si tenemos en cuenta que fue uno de los más acérrimos defensores del sionismo y que reclutó a un gran número de intelectuales para la causa. Pero les acerca a apócrifo y escritor real, el hecho de que en el texto se cuestione la guerra, si sabemos que Nordau se alejó del sionismo cuando éste optó por una línea práctica —*real politik*— que la alejaba de los postulados iniciales, él se oponía a acciones concretas en Israel sin garantías internacionales. E incluso se cuestiona, al final del texto, lo que acaba de afirmar: «Pero puede ser que estuviera equivocado. [...] Y también que los poetas no sean más que un estorbo».

Tampoco es difícil, en tanto que coincide con Max Aub en que ambos son escritores comprometidos, considerar las opiniones del texto como reflexiones del poeta sobre esta guerra, todavía más cuando al final las cuestiona, pues ya hemos señalado que la intención de Max Aub era reflexionar, arrojar luz sobre el asunto, pero no imponer una idea. Además en el texto se repite una visión ya expresada por Max en sus *Diarios*, y a la que ya nos hemos referido: el parecido con la Guerra Civil española, la sinrazón de todas las guerras y la irresolución del conflicto:

Ésta es una guerra vieja, vieja, vieja como todas las guerras civiles, que nunca acaban porque siempre dejan rescoldos los siniestros. [...] Que la razón la tiene el poder y lo demás es perder. Eso me repetía mi padre.

Y es que cada uno de los apócrifos son una aportación a esta reflexión, distintos puntos de vista a considerar como posibles en ese intento de arrojar luz sobre la cuestión a la que se refiere Max Aub en el prólogo. Pero no podemos dejar de señalar que, como en *Antología traducida*, también el poeta siente la necesidad de incluirse, en este caso como judío que era, entre los antologados: Manoce Mohrenwitz comparte con Max Aub —el real y el apócrifo seleccionado en *Antología traducida*—, además del apellido materno, algunos rasgos de la biografía, que reproduzco completa:

³¹ Esta coincidencia ya fue señalada por P. Moraleda en el artículo citado, junto con otras correspondencias entre apócrifos y personajes reales fácilmente detectables en los nombres que les asignó M. Aub (1995: 166-167)

Vendedor ambulante, dicharachero, cuentista, nadie supo jamás de donde surgió. Para la época, poco después de 1948. Durante la guerra fue, sobre todo, cocinero. Moreno y de pelo ensortijado, hablaba solo. De origen debió ser del Alto Adigio (no es seguro). Hay quien le tenía por espía egipcio. No hay pruebas ni lo sospecho.

Con el real coincide en la caracterización física, en el oficio, que fue el primero que tuvo Max durante un tiempo, el que había sido el oficio de su padre. Con el Max Aub de *Antología traducida* comparte la incógnita sobre su paradero y su vida. El texto, en prosa, tiene también algunas afirmaciones que nos lo evocan: «morir porque sí es más absurdo que haber nacido judío. Me hice judío poco a poco porque me dio gusto, sin creer en sinagogas». Deja bien claro en el texto su ateísmo y su disposición a dejarse matar antes que seguir adelante con esta guerra, aunque esto le suponga perder su patria, su tierra. El texto rezuma una gran ironía, desde el principio: «Hasta aquí llegué no hay Dios que me haga dar un paso más», pues es una expresión literal, afirma que no va a luchar por una religión, al contrario, «si se tratara —como fuese— de convencer a los árabes para que vinieran a ser ateos, es posible que diera unos pasos más».

Tras la lectura de *Imposible Sinaí*, podemos concluir, con Max Aub, que es imposible dar una respuesta al porqué del enfrentamiento árabe-israelí, ni siquiera los que murieron en ella podrían justificar su muerte por una causa: es más, tampoco la guerra resolvió nada y, de hecho, la experiencia anterior, la guerra de 1956, no sirvió para evitar ésta. Ya lo afirma lúcidamente Max Aub al final de la introducción: «[...] la guerra árabe-israelí ha terminado. Es un decir». Hoy todavía sigue vivo el conflicto árabe-israelí, tan cruento como en 1948, y seguimos sin poder ver un final. Persisten los intereses económicos —ahora son los únicos motivos para una guerra— de las grandes potencias occidentales, antes hostigadoras y ahora agresoras. Pero más allá de esta guerra concreta y de la Guerra Civil española, Max Aub, en su afán universalizador —el que lamenta que hayan perdido los judíos—, convierte este libro en un manifiesto contra las guerras, nos demuestra, con la palabra —la mejor arma— que una guerra, no resuelve nada. Nos recuerda, también, nuestra obligación de vencer al olvido.



Bibliografía

- ALONSO, CECILIO (1996), (ed.) *Actas del Congreso Internacional Max Aub y el laberinto español (1993)*, València, Ajuntament.
- AUB, MAX (1995), *La gallina ciega*, ed. de Manuel Aznar, Barcelona, Alba, p. 554.
- (1998), *Diarios (1939-1972)*, ed. de Manuel Aznar, Barcelona, Alba.
- (1998b), *Diario de Djelfa*, ed. de Xelo Candel, València, Denes, Col.lecció «Edicions de la Guerra & Café Malvarrosa».
- (2001), *Obra Poética Completa*, ed. de Arcadio López-Casanova, Valencia, Biblioteca Valenciana.
- (2002), *Imposible Sinaí*, ed. de Eleanor Londero, Segorbe, FMA.
- CANDEL, XELO (1998), «Prólogo». Véase M. Aub (1998b).
- CARREÑO, ANTONIO (1980), «Antología traducida de Max Aub: la representación alegórica de la máscara», en *Ínsula*, nº 406.
- (1982), *La dialéctica de la identidad en la poesía española contemporánea: la persona, la máscara*, Madrid, Gredos.
- (1994), «Las otras más/caras de Max Aub: Antología traducida», en *Ínsula*, nº 569.
- CILLERUELO, JOSÉ ÁNGEL (1994), «Comprometidos y apócrifos.: los poemas de Max Aub», en *Quimera*, nº 134.
- LONDERO, ELEANOR (2002), «Introducción». Véase M. Aub (2002).
- LÓPEZ-CASANOVA, ARCADIO (2001), «Estudio introductorio». Véase M. Aub (2001).
- MAS I USÓ, PASQUAL (2001), Edición crítica de *Imposible Sinaí*. Véase M. Aub (2001).
- MORALEDA, PILAR (1995), «Un Sinaí imposible: entre la verdad, la superchería y el deseo», en *La poetica del falso: Max Aub tra gioco e impegno*, ed. de Rosa Maria Grillo, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane.
- SOLDEVILA, IGNACIO (1998), *El compromiso de la imaginación*, Segorbe, FMA.

